

El integrismo de Mockus. Una apreciación de la “cultura ciudadana”

Carlos Uribe Celis

1 Por dos períodos de gobierno ya, Antanas Mockus, matemático, pedagogo, filósofo, docente universitario, ha detentado el segundo poder de la nación: la alcaldía de Bogotá. Quizá el mejor rasgo político de Mockus sea su capacidad probada para hacerse visible, para tener esa cualidad importante de lo político que se llama “visibilidad”. La visibilidad de Mockus es de amplio radio: local, nacional, internacional. Aunque no toda derive de su propia fuente –por ejemplo, es hoy visible por el Transmilenio (el servicio expreso de transporte bogotano) que no es obra suya sino de Peñalosa- Mockus la concentra porque su personalidad política la atrae como un imán. El otro atributo político de Mockus es su diversidad. Mockus es varias cosas probablemente contradictorias: lo que tiene otra ventaja política: ¡confunde! No es fácil para los electores encasillarlo. Esta inubicabilidad o ausencia de inmediatez puede ser tan pronto causa como consecuencia de una falta de análisis especializados, juicios y balances ponderados de su gestión.

Por ejemplo, Mockus empezó como un candidato lúdico. Buena parte de su éxito político original se debe –y esto no es chiste- al manejo de la “visibilidad” de la porción normalmente invisible de su corporeidad: mostró espectacularmente el trasero a una asamblea de estudiantes siendo rector de la Universidad Nacional. El pueblo se divirtió con el incidente y la cosa fue tomada como se lo propuso Mockus: como una irreverencia pedagógica. Luego, inspirado en la Cinta de Moebius (geometrista alemán del siglo XIX), inventaba juegos con cuerdas y juegos corporales que se atrevía a hacer con otros personajes políticos violando las reglas de la proxémica y la urbanidad –una vez más irreverencias pedagógicas-. De la lúdica fue derivando hacia una propuesta política fundamentada en el concepto de autoridad como una

de autoridad como una afirmación necesaria en el contexto nacional, a juicio de él. Esta dirección no es ya lúdica sino, en verdad todo lo contrario. Saltando –impropiamente, para este enfoque- a la psicología profunda: uno puede decir que Mockus está obsesionado por las reglas –y particularmente por una clase de ellas: las de carácter matemático: los algoritmos-: Si hay reglas la operación funciona, o mejor: sin reglas no hay operación posible. Los lógicos, Wittgenstein, los lingüistas pueden apoyar esta obsesión, pero eso, me parece, no la valida en política. La obsesión por las reglas, independientes del sujeto y a las que este debe someterse, condujo a Mockus –a mi ver- a enamorarse de la teoría económica y política que exalta la sujeción del gobierno y de la política a un conjunto de reglas supuestamente canónicas, inobjetables, científicas: las leyes del mercado. Esta es la teoría neoliberal. No me interesa ahora la valoración de este paradigma de la ciencia económica, sino el señalamiento fácilmente demostrable hoy por hoy de que mucho del esquema político expreso de Mockus se ajusta a esta convicción. Paralela a esta elección campea en el mismo esquema político de Mockus la defensa del principio de autoridad.

Este último parámetro de su estrategia política parece derivar de una comprensión relexiva, elaborada, de una ponderación juiciosa del “ethos” colombiano, o de la Cultura como él la entiende. Lo que a juicio de Mockus -hombre de ancestro europeo, si bien de una región más bien campesina y subdesarrollada como es Lituania- no funciona, lo que desconcierta e irrita en el colombiano es su desobediencia a normas colectivas, o peor, la inexistencia de normas claras en la conducción cotidiana de la vida de los connacionales. Mockus no ha hecho públicamente ese análisis, pero puede suponerse que él entiende que después del tránsito de una sociedad precapitalista, marcada por la moralidad católica y clerical y en el camino hacia una “modernidad agónica”, diríamos¹, inestable e incompleta, el colombiano se ha quedado sin un patrón socializador moral y lo que lo guía es el desprecio de tal “patrón”, de la norma, de la ley, de la regla, de la autoridad. “Ergo”, la autoridad debe ser restablecida: Y este esfuerzo debe entenderse como una labor cultural o culturalizadora. Mockus acuñó un nombre para ello: Cultura Ciudadana.

En Abril de 2002, en una reunión convocada por la Veeduría Ciudadana de Bogotá, el Alcalde Antanas Mockus presentó un “paper”, un documento académico de buena ley apoyado como se estila en citas de Habermas, Luhmann, Henrik Von Wright, Bobbio y hasta Maimónides. El trabajo se titula: “Conciliar ley, moral y cultura” y su autor es Antanas Mockus Sivickas². No es exactamente un documento

¹ Le he dado ese nombre al incompleto y sucedáneo proceso de nuestra modernidad en Colombia. Ver C.URIBE CELIS, La mentalidad del Colombiano, 1992.

² Poseo la versión manuscrita (copia de computador) del trabajo que se presentó en la Veeduría de Bogotá en Abril, 2002, por parte del mismo autor y alcalde a un grupo de periodistas y algunos académicos que allí estábamos.

político, aunque se proponga como la base de un programa político. Es un trabajo académico de buena ley y a tal título merece ser comentado por los académicos. “El presente artículo -dice allí Mockus- busca exponer soportes conceptuales que fueron relevantes para la formulación y podrán ser relevantes para el desarrollo del objetivo “Cultura ciudadana” en el Plan de desarrollo “Bogotá para vivir-Todos del mismo lado”. La hipótesis subyacente del artículo es que en Colombia la cultura y la moral rechazan la ley, riñen con esta. Y la propuesta expresada en la argumentación es integrarlas. Esta es tan pronto una propuesta moralizante o remoralizadora como una propuesta que hace parte de un programa político. Es expresamente la propuesta del gobierno actual de la ciudad. El gestor de la “integración” es el gobierno y su estrategia o instrumento concretos –como se dice arriba- el Plan de Desarrollo llamado “Formar Ciudad”, que también podría justamente llamarse: “formar moral o cultura ciudadanas”.

La primera piedra de la argumentación en el “paper” referido es la idea de la “regla”. Aunque se ofrecen algunos rodeos, al final la ley, la moral y la cultura se reducen a un conjunto de reglas o regulaciones y sus modulaciones se ofrecen en un hábil cuadro sintético de cuarenta cajas. “Usaré la expresión “cultura” en el sentido de regulación cultural”³ –dice allí Mockus literal y sintomáticamente. La otra piedra angular del trabajo es la siguiente afirmación: “Caracterizamos a la sociedad colombiana por un alto grado de divorcio entre ley, moral y cultura”⁴. La causa aducida, o detectada por el autor, de ese supuesto problema es la incomunicación: “Partimos –afirma el Alcalde- de una visión del conflicto [quiere decir el “divorcio” referido -cuc] como causado o agravado por limitaciones de comunicación”⁵. No se da explicación de esta singular hipótesis, aunque Mockus refiere aquí a una ponencia suya para un congreso de sociología en 1992. Para terminar, el “paper” revierte toda la sustentación presentada a los puntos específicos del Plan de Desarrollo: Formar Ciudad. Y de estos puntos resalta como propósito primero: el de “aumentar el cumplimiento de las normas”⁶.

No pretendo hacer una crítica del trabajo en su totalidad –lo que acaso debería ser tarea de los politólogos, por tratarse de la fundamentación de un plan de acción política para la región más importante del país: su capital geográfica- sino destacar algunos elementos que creo fundamentales a la cuestión de lo que –a la luz de la obra de Mockus- podemos esperar de un buen gobierno y, tal vez, mejor, de lo que no podemos esperar de un gobierno, ni pretender hacer con él.

³ ANTANAS MOCKUS S. « Conciliar ley, moral y cultura » p.6.

⁴ A. MOCKUS, *Ibidem*, p.8.

⁵ A. MOCKUS, *Ibidem*, p.9.

⁶ A. MOCKUS, *Ibidem*, p.12.

Me parece que de la confusión de Mockus entre política, educación y moral⁷ resulta una idea perniciosa que bien puede ser no peculiar, inédita o extraña sino sencillamente parte de una tendencia mundial que los occidentales lamentan en Oriente y los orientales en Occidente. Así de simple. ¡Y de terrible!

2. Mockus, hemos dicho, propone una integración de ley, moral y cultura. Y sobre esta tesis aparentemente neutra reposa la justificación de su programa llamado de “cultura ciudadana”. Mi percepción es que aparte de la “novedad” de la propuesta en nuestro medio, esa idea como política es -efectivamente y al final de la jornada- inocua: es decir, que no produce nada. No transforma la cultura vernácula ni resulta en un buen gobierno, que eran sus objetivos políticos. Además, la pretensión de culturalizar la política y de politizar la cultura es, como sabemos, base del integrismo y de los totalitarismos históricos. Aunque a algunos la referencia pueda parecer más bien distante, esto no disipa absolutamente la implicación. Todo es cuestión de grados y avanza por grados -y a veces aún a saltos-. El último totalitarismo es precisamente el integrismo islámico: el del imperio de la *sharia*, la ley religiosa inscrita en el Corán, cuya última versión trajo el sello de los talibanes afganos. No se trata de alarmar a nadie. La taxonomía política es solo un instrumento heurístico como son las taxonomías de la naturaleza. En este acuerdo las comparaciones no son odiosas -en contra del “dictum” popular- sino una práctica muy importante de la ciencia occidental -y hasta de la oriental, como ya lo estableció la absurda y famosa referencia de Borges a una legendaria clasificación china⁸-. El integrismo de Mockus es, en el espectro político global, comparativamente “light”, ligero. Pero por fuera de los límites de un gobierno urbano, ahora restringido y controlado por un marco nacional, y como esquema gubernativo en sí y “per se” entraña, como concepción, peligros ciertos. Es decir, la abolición de la separación de las esferas del “mundo de la vida” que es la característica típica de la modernidad con su típica expresión política: la separación de poderes, nos retrotraería a épocas que creíamos superadas. Es probable -hemos dicho- que Mockus no esté solo en esta pretensión. El mundo puede estar derivando hacia configuraciones político sociales de ese tenor: la monopolaridad centrada en los organismos del poder militar, económico y político norteamericano; la uniformización de los estilos económicos y políticos cortados al pie del mismo

⁷ Ver mi artículo: “La confusión de Mockus”, *Unperiódico*, Bogotá, Septiembre 16 de 2001. p.20.

⁸ “Esas ambigüedades, redundancias y deficiencias recuerdan las que el doctor FRANZ KUHN atribuye a cierta enciclopedia china que se titula “Emporio celestial de conocimientos benévolos”. En sus remotas páginas está escrito que los animales se dividen en: a) pertenecientes al Emperador, b) Embalsamados, c) amaestrados, d) lechones, e) sirenas, f) fabulosos, g) perros sueltos, h) incluidos en esta clasificación, i) que se agitan como locos, j) innumerables, k) dibujados con un pincel finísimo de pelo de camello, l) etcétera, m) que acaban de romper el jarrón, n) que de lejos parecen moscas” J.L.BORGES, “El idioma analítico de John Wilkins” in *Inquisiciones*, Madrid, Alianza, 1979. p.104-105.

patrón norteamericano; la globalización cultural traída del cabestro de los medios de masas televisivos de igual origen y hasta proyectos políticos nacionales de última hora, todo ello es muestra de un integrista velado e inconfesado que aquí se atribuye a los talibanes, pero del que a su turno los talibanes, el salafismo yihadista árabe, desde su propia orilla, también se queja. Simplemente nosotros no oímos este último clamor porque estamos del lado de acá.

Aunque Mockus es consciente de la propiedad característica histórica de la evolución de Occidente, según es tratada por Weber –y por Habermas– como “separación de las esferas”, su reconocimiento práctico (de Mockus) de la separación de las esferas en la modernidad acaba siendo, en su práctica política, un reconocimiento retórico y erudito que dispara por la culata, pues su propuesta consiste en olvidarse de esa separación moderna y reclamar otra cosa, aunque, felizmente, por ahora de manera “light” o lúdica, so capa de la interacción y de la convivencia, que es el perfil en que su gobierno empezó presentándolo.

Hay, sin embargo, insisto, una consecuencia dura y nociva de la propuesta de Mockus. Esta falla se aclara desde la perspectiva del modelo liberal de la política. Ahora bien, no cabe duda de que la base de nuestro gran sistema político republicano es liberal y eso no ha cambiado desde su comienzo bolivariano-santanderista. Colombia no ha sido nunca por principio o propositivamente un estado antiliberal -socialista o fascista, por ejemplo-. El Estado colombiano se proclama un Estado liberal y es claro que Mockus comparte esa perspectiva. No tiene más remedio, por lo demás. A ella le debe el poder que hoy tiene. Y es propio del principio liberal moderno, como sabemos, separar las esferas y los poderes. La esfera del gobernante allí, también lo sabemos, es la de la administración política, no la de la producción de las leyes ni la de la suplantación general de la economía privada ni menos la de la transformación cultural directa. Aunque muchas de estas cosas puedan ocurrir como resultado de la administración política y han de acabar ocurriendo si la administración es buena.

Mockus vulnera el principio liberal –que “ex profeso” respalda, pues otra cosa sería un exabrupto inadmisibles en su posición-. El principio liberal (que de paso es el más cómodo y armónico de todos en relación con la dirección de la evolución social hacia la plenitud de la libertad del individuo como ideal y como meta, que el mismo Marx adoptaba también) es contradicho y puesto en cuestión con la tesis de la culturalización de la política y la consiguiente politización de la cultura.

“Zapatero a tus zapatos”, hay que decir aquí. Gobernante a gobernar, a administrar, a hacer obras. La cultura dejarla al ciudadano. Trabajar para el ciudadano. No querer cambiarlo por propia mano. Frente a él solo conviene respeto, servicio, paciencia. Porque la perspectiva pertinente en términos de cultura es el largo plazo. El cortoplacismo político puede favorecer las aspiraciones

electoreras, para ser presidente o alcalde reelegido, por ejemplo, pero conduce a desafueros contra el pueblo al que se atribula con impuestos para obras faraónicas de mostrar que satisfagan la vanidad del político más que otra cosa cualquiera. El hombre, el pueblo, el “homo culturalis”, se construye y se reconstruye sobre el cimiento o el pedestal de las obras del gobernante, no de sus discursos ni de sus campañas, sino de las realizaciones efectivas. Porque la cultura es asunto derivado, mediato, evolutivo. Es hija autentica del sudor y del dolor. Se rehace constante y pacientemente sobre la base del trabajo, de la educación, de los efectos de la técnica, de la ciencia, del bienestar como también sobre el dolor de los apocalipsis epocales de la guerra y la peste, matriz esta de solidaridades intempestivas como lo noveló Albert Camus.

Bolívar gobernó sobre un pueblo de indios. De Gaule sobre un pueblo con 300 clases o más de quesos. Ni Bolívar se propuso blanquear a los indios ni De Gaule modificar las recetas de fabricación de los quesos... Zapatero a tus zapatos!

Mockus detesta –es lo que se desprende de sus concepciones y discursos- la cultura de los colombianos. Que el contrabando, que la corrupción, que otros defectos... reza la cantilena-. Pues para eso están las leyes. Para eso la fuerza represiva de la ley. Aunque en ocasiones, también, haya que admitir sublimes negaciones de la ley, pues “el sábado se hizo para el hombre, no el hombre para el sábado” –como dice sabiamente la Biblia-, por lo menos, no para todos los sábados de manera absoluta.

No es cierto tampoco que la sociedad colombiana se caracterice por un alto grado de divorcio entre moral, ley y cultura, como dice Mockus. La cultura colombiana: un precipitado de catolicismo y capitalismo paisa es profundamente coherente: el sicario que se persigna y dice “virgencita linda, vos que sos tan mamacita no me dejes embalar y ayúdame a salir de las difíciles”⁹, invocación hecha justo antes de tirar a matar por una congrua en dinero es culturalmente coherente¹⁰. La política ciudadana de Mockus es acrítica: respeta profundamente las instituciones y culpa al ciudadano común. Parece decir: Todo está bien, salvo el corazón del pobre, su cultura, que hay que cambiar.

Finalmente, Mockus se hace la ilusión de que su “cultura ciudadana” ha sido un éxito político y que los bogotanos somos ahora más comunicativos que antes e interactuamos en los parques y en los espacios públicos que Peñalosa desarrolló. Me parece que se engaña. Hoy el estrato 6 no interactúa con los otros estratos más

⁹ Ver C.URIBE CELIS, *La mentalidad del colombiano*, Alborada-Nueva América, Bogotá, 1992, p.193.

¹⁰ Pretender que la religión católica normativamente prohíbe el asesinato –como, por supuesto, es evidente, y por tanto esa simbiosis de crimen y religión que ilustra las oraciones del sicario no se puede afirmar no es otra cosa que confundir la religión con la teología. La religión del pueblo es perfectamente compatible con esas monstruosidades, que pueden configurar y configurar un estrato de la Cultura, sin más.

que antes. Los indigentes y marginales extremos no tienen tampoco más afecto por los demás estratos que antes. El karma de Mockus ha sido que su discurso es comprensible para las clases medias, la gente educada, los profesores universitarios: ellos, los que ya están culturizados, son los mejores destinatarios -o los únicos de su política culturizadora-: no los ricos ni los marginales.

Así que ciertamente educa más un viaje en Transmilenio que un sermón de Domingo o, para el caso, alguna de las consignas del programa "Formar Ciudad". Obras y Ley son lo determinante. A propósito, por si acaso: Los clásicos de la sociología -digamos Durkheim, Weber, Marx- desdichan del papel transformador de la educación. En Durkheim la educación no es factor de cambio sino un efecto o un complemento de los cambios de fondo. Para Weber la educación es un efecto del proceso de Dominación burocrática. Lo de Marx es clarísimo: condiciones materiales de existencia determinan las superestructuras, incluida la educativa. Estas tesis pueden asombrar a los teóricos del "Capital Humano", para quienes la educación no es otra cosa que una inversión en propiedades "intelectuales" que producen al cabo "rentas" salariales. Esta teoría, como muchas en ciencias sociales aparecen expuestas de manera descontextualizada y desligada del único trasfondo que las hace operantes: un trasfondo económico de desarrollo armónico, estructurado, parejo y no desigual, desequilibrado y fragmentado como es el caso de nuestras economías latinoamericanas. La educación es una construcción (bildung). Y como toda construcción durable necesita de una cimentación, de un equipamiento previo del infante, de una preparación adecuada en la socialización primaria por el nicho familiar, de una infraestructura -la "seguridad ontológica", la confianza, que proclama la teoría de la Estructuración de Anthony Giddens¹¹-. En la ausencia de estos elementos la educación es un simulacro que se expresa en la deserción y el fracaso escolar. Y para la marginalidad excepcional que logra superar este impase el "Capital Humano" (sin "Capital social") se desvanece en desempleo estructural y "fuga de cerebros". Así, con ello, se entenderá que la educación es un producto del desarrollo y no una causa del mismo como románticamente sostenían los educacionistas liberales de la época del federalismo en Colombia. Es una pena que la "pedagogía" mockusiana desconozca estos principios. O peor: los desprecie.

La cultura siempre es mediata y evolutiva. El programa de Mockus es inmediatista. Y su tesis de la integración de ley, moral y cultura un integrismo, en el fondo. Ignora que la Ley misma (nómos) es un producto del cambio estructural. Así, en la Orestíada de Esquilo, Orestes mata a su madre porque esta asesinó a Agamenón, esposo de ella y padre del mismo Orestes. Para resolver el crimen de

¹¹ A. GIDDENS, La constitución de la sociedad, Amorrortu, Buenos Aires, 1998.

Orestes, Atenea crea el derecho (*diké*), la ley escrita (*nómos*) y el aparato de impartir justicia: el areópago. Cómo se explica esto? Se explica porque ha habido un cambio social: el paso del matriarcado y del tribalismo al patriarcado y a la sociedad de clases, a la propiedad privada y al Estado. En “Orestes” las Furias y las Parcas defienden a la mujer: a Clitemnestra, una representación del matriarcado. En contraste: Apolo y Zeus, varones, defienden a Agamenón –y, por ende, a Orestes-. Atenea no tiene más remedio que aceptar el nuevo orden: un orden en que el varón reina en detrimento de la madre: tal la cuna del derecho y de la institución judicial de la ley escrita¹².

Carlos Uribe Celis

Profesor investigador de Sociología,
Facultad de Ciencias Humanas,
Universidad Nacional de Colombia
churibec@yahoo.es

¹² GEORGE THOMPSON, *La filosofía de Esquilo*, Editorial Ayuso, Madrid, 1970.